

El Accidente del Mercao de Albox que Costó tres vidas en 1954

Miguel Ángel Alonso Mellado

Las historias negras de los pueblos nunca se olvidan, a pesar de haberse cumplido cumplirse, el día 16 de noviembre pasado, setenta años de este luctuoso suceso, que se marcó en la memoria de todos los presentes en ese último día de feria y mercado en Albox en el año 1954.

Mi padre siempre me contaba que mientras él estaba en el mercado de Albox hubo un accidente en el que hubo varios muertos, siendo este un suceso que quedó marcado en la crónica negra de Albox para varias generaciones. Ahora vamos a desenterrar y desvelar todas incógnitas de esta historia después de siete décadas.

El día 16 de noviembre de 1954 era martes y también el último día de la feria de Albox. Durante el mercado se reunían vecinos de todos los puntos de la comarca para hacer transacciones de toda índole en una concurrida zona de la Plaza de Albox y de la rambla. Dentro de la misma plaza, donde se celebraba el mercado, se hallaba un camión parado con matrícula de Málaga 5951, matriculado en esa ciudad en 1935 y propiedad de un tal Miguel, natural y vecino de Vera.

En torno a las una de la tarde se puso en marcha el vehículo, con tan mala fortuna, que se precipitó sobre un grupo de unas 25 personas, hombres, mujeres y niños, a quienes atropelló.

La confusión que se produjo fue enorme, los heridos lanzaban gritos de dolor y los presentes corrían en todas direcciones gritando y pidiendo auxilio, horrorizados. La guardia civil, con el teniente y el brigada, que prestaban servicio de vigilancia en aquel mismo lugar, prestaron los primeros auxilios a las víctimas, ordenando los medios necesarios para atenderlos debidamente.



Mercao de Albox

Los heridos

Casi treinta personas fueron atendidas por facultativos y personal sanitario. Los heridos fueron los siguientes: Andrés Oller Oller de 58 años de edad de Arboleas, heridas en distintas partes del cuerpo y shock traumático, grave; Jerónimo García Rodríguez, de 65 años, de Arboleas, fractura abierta en el tercio inferior de la pierna izquierda, herida en la región supermolar derecha, contusiones y erosiones en distintas partes del cuerpo, conmoción cerebral y shock traumático, muy grave; María Carmona Oller, de 57 años, de Albox, fractura de pierna izquierda, grave; Luis Gómez Pardo de nueve años, de Albox, contusiones múltiples; Pilar Rodríguez López de 48 años, de Arboleas, erosiones y contusiones diversas y Antonia Ventura Ventura de 33 años de Albox, contusiones en distintas partes del cuerpo. De estos tres, el personal facultativo se reservó el pronóstico.

Resultaron con lesiones de carácter leve: Amparo Silvente Pardo de Albox, tuvo un brazo fracturado y estuvo bastante tiempo con el mismo en cabestrillo ; Pedro Rubio López de Albox; Dolores Egea Tejeras de Cantoria, aunque estaba allí de paso; José Francisco Callejón; Samuel Ruiz Martínez, era del Barrialto y el camión le hizo una gran herida en la cabeza ; Dolores Alfonso Miras; Jerónimo Sánchez Sánchez; Ana Pintor Alonso; Vicente Osuna Muñoz; Miguel Galera Porcel; Ana Pardo Berbel; María Sola García; Maravillas Egea Miras; Catalina Lorenzo Maturana; Ana Teruel Quiles y Dolores Alfonso.

Otra herida fue una mujer que tuvo secuelas para siempre, su marido se llamaba Antonio y era constructor de la Calle Salitre. Vivían a la salida a la izquierda y el hijo de esta familia iba con Luis Gómez a la escuela. Después de seis meses se marcharon para no volver.

Avisado, el juzgado comarcal se personó a los pocos minutos en el mercado, instruyendo las diligencias propias del caso. También se trasladó a Albox el juzgado de Instrucción de Huércal-Overa. El lamentable suceso produjo honda impresión en este pueblo y los demás pueblos del Almanzora.

Fallecidos y Funerales

Ante la gravedad de su estado, se dispuso la inmediata salida de un automóvil para el hospital de la Cruz Roja de Almería para trasladar a Jerónimo García que llegó a las seis de la tarde, falleciendo una hora después. En Albox falleció a las tres de la tarde Andrés Oller a causa de sus gravísimas heridas.

Al día siguiente, miércoles 17 de noviembre, falleció **María Carmona Oller**, como resultado de las graves lesiones intestinales que sufrió a consecuencia del atropello del día anterior en la Plaza del Mercado de Albox; tenía 57 años.

Estaba casada con Juan Carmona Ramos, nacido en 1898, y apodado Juan Melitón que fallecería el 27 de agosto de 1984 a los 86 años. Vivían en Locaiba y se dedicaban a las tareas propias del campo, tenían cabras de las que vendían leche, algún queso fresco o los chotillos en navidades. Ese día en particular bajó al mercado María Carmona sin nada que llevar para vender o cambiar, pero allí le esperaba la parca con su guadaña implacable.

Tenían cuatro hijos, María Rosa con 30 años; Antonia de 29 años; José Antonio de 25 años y Esperanza Carmona cotillos, nacida en 1935, que aquel día tenía 19 años y a día de hoy vive aún en el domicilio familiar de Locaiba, esperando a cumplir las noventa primaveras. La familia tan solo recuerda de este suceso que María Carmona estaba oyendo a algún charlatán de aquellos que venían a endulzar los oídos del vulgo.

El entierro de María Carmona, así como el de Andrés Oller cotillos, que falleció dos horas después del accidente, constituyó una verdadera manifestación de duelo a la que se sumó el pueblo en masa. La comitiva fúnebre fue presidida por las autoridades.



Juan Carmona Ramos y María Carmona Oller (gentileza de su nieto José Antonio)

Se celebró en Albox el solemne funeral por las víctimas del desgraciado accidente en el "mercao" siendo oficiado por el reverendo párroco de Partaloa, Esteban Granero Pedrosa, asistido por los párrocos de Santa María y de la Concepción de Albox. Ocuparon la presidencia el alcalde José Granero; el juez de primera instancia del Partido, Juan de la Cruz Belmonte Cervantes; el capitán de la guardia civil, Andrés Martínez; el juez comarcal, José López Alascio; y el fiscal de Albox, Juan Acosta Jiménez.

Asistieron las autoridades de los pueblos cercanos afectados por el accidente y un enorme gentío que llenaba por completo el amplio templo de Santa María en Albox,

justo a escasos metros de donde fueron mortalmente atropellados por el camión de Vera. Los familiares de las víctimas ocuparon un lugar preferente en el templo. Terminado el funeral, el párroco Andrés Martínez Segura, dirigió unas palabras a los asistentes para comentar que aquellas víctimas habían dado ejemplo de ánimo y serenidad y que habían recibido la extremaunción antes de fallecer.

Andrés Oller Al ascio siempre dijo que, si algún día se moría, no lo enterraran en cementerio de Arboleas porque los conejos tenían trillado todo aquel entorno con agujeros y madrigueras. Este fue el motivo por el que a Andrés se le enterra en Albox, en un nicho, por supuesto, no fuera a ser que se le apareciera algún lebrato. A María Carmona se le dio sepultura en otro nicho del cementerio de San José de Albox, en la zona central-izquierda.

La consternación en el vecindario fue grande por la magnitud de la tragedia y las simpatías que gozaban las víctimas muy apreciadas en esta localidad y en Arboleas.

El Gobernador civil y jefe provincial del movimiento, Ramón Castilla Pérez, tan pronto tuvo noticias del lamentable suceso ocurrido en el mercado de Albox, se puso en contacto con el alcalde d Albox, José Granero Pedrosa, para interesarse por el estado de los heridos, al mismo tiempo que le ordenó que se presentase en el domicilio de los fallecidos para manifestar a los familiares, en nombre del Gobernador, la más profunda condolencia por la irreparable pérdida. Asimismo, le pidió al alcalde que le tuviera informado de la evolución de los heridos.

Luis Gómez Pardo

Ese día de noviembre de 1954 uno de los accidentados más graves fue Luis Gómez de nueve años, nacido en 1946 en la Calle del Águila en el barrio de La Loma, que es la que sube escalonadamente desde Calle Concepción hasta Calle Tejeras.

Sus padres eran Luis Gómez y Adoración Pardo; los martes, como era el día grande de Albox, no solía haber escuela; oficialmente sí había, pero los maestros se las apañaban para que ese día no pisara nadie por allí y poder disfrutar del "mercao" íntegramente.

El padre de Luis Gómez Pardo se ganaba la vida con un carro para recoger la basura, era uno de los dos carreros municipales para esta función. Como la faena de limpieza empezaba cuando el mercado se desmontaba, ya en horas de sobremesa, aprovechaba las mañanas del martes para dar portes con el carro, ya que siempre había animales que traer para venderlos en la rambla. Fue en este día que se había acercado por encima de Las Pocicas a por un cerdo de una tía de Luis y en el carro era la mejor manera de bajar al animal.

Como era martes y, como dijimos, no había colegio, Luisillo, que tenía 9 años, y su padre madrugaron y mucho antes de que el sol saliera, partieron con el carro para recorrer los diez kilómetros que los separaban del cortijo de su tía en Las Pocicas; tardaron casi tres horas en llegar a ese punto y otras tantas en bajar a Albox, la mañana helada de noviembre se había convertido en una despejada mañana de buen tiempo.

Su padre aparcó el carro justo enfrente de la vivienda (la del balcón “bonico”) que hay en la Plaza a la izquierda de la iglesia; recordemos que la plaza de tierra era ovalada y estaba elevada sobre el piso unos 20 cm. A la Plaza se le llamaba la “era de Simeón” puesto que la hizo el que fuera alcalde Albox en 1928-30, Simeón Rodríguez, (padre de Pepito Rodríguez “el magistrao”). Previamente había dejado el marrano en la rambla para que algún conocido lo vendiera.

El padre de Luis quiso aprovechar y ver a los clientes de las tiendas, que era gente del campo que acordaban con los otros traerles una carga de tomates, cebollas, coles, aceite o cualquier tipo de fruta del tiempo... por lo que el padre bajaba, desde cualquier punto de la Rambla, toda esta mercancía en el carro, a cambio de una comisión.

Ese martes 16 de noviembre era el último día de feria puesto que antes duraba quince días, pero como era martes y mercado, se decidió alargarla un día más.

Luisillo Gómez se quedó, mientras tanto, jugando a las bolas con su amigo Patricio Martos dentro de la caja del carro. El camión de Miguel de los Zapatos estaba aparcado delante de la ferretería de Adolfo Juan, y un poco más abajo había una caseta del tiro de feria donde los días precedentes se disparaba con una escopeta de balines similar a como hay ahora del tapón de corcho.



Luis Gómez Pardo

Los dos chiquillos estaban entre el camión y la caseta de tiro y, cuando se cansaron de jugar en el carro, dijo Patricio Martos de ir a la atracción de las voladoras que estaba en la parte alta del Paseo. Esta atracción era un carrusel giratorio que alcanzaba gran velocidad y se elevaba por encima del muro del Paseo.

Luis era un crío precavido y le daba jindama solo pensarlo, no fuera a ser que se escapara alguna como había sucedido el año anterior en otra población.

Mientras Patricio Martos se fue a las voladoras, Luis decidió ir a ver a uno de los charlatanes que solían aparecer los días de mercado; este en concreto era uno que vendía aceite o grasa de lagarto, que tenía propiedades antiinflamatorias; sus compuestos reducían la inflamación en los bronquios, aliviando la dificultad respiratoria característica del asma. Un poco más debajo de este charlatán se encontraba el que fue el rey de esta doctrina comercial, Ramón Gambín “el de las mantas”.

El puesto del charlatán del aceite de lagarto se situaba justo delante de la iglesia de Santa María, entre la caseta de tiro y el camión del zapatero de Vera que como dijimos estaba estacionado delante de la ferretería de Adolfo Juan.

En aquellos años 50 había mucho desconocimiento sobre las cosas en general y la gente era encandilada con facilidad y todo lo que decían estos charlatanes se lo creían sin dudar de ello. Luis se encontraba en ese corro de gente que, arremolinada ante tal orador, eran encandilados con su enérgica verborrea y no tardaban en picar el anzuelo y comprar algo que posiblemente en ese momento no necesitaban, pero el charlatán lo pintaba de una manera que era de obligada necesidad tenerlo en casa.

Luis, de ese momento en el que el camión del zapatero se descontroló y arrolló al gentío que se agrupaba delante del charlatán, tan solo evoca que quiso decir “no empujéis más”, pero no le dio tiempo. Cuando recobró el conocimiento lo tenía cogido en brazos, su madre, en las escaleras que suben al Paseo.

El camión se precipitó contra la masa de vecinos proyectando a algunos y pasando con las ruedas por encima de los menos favorecidos, quedándose bloqueado en su terrible trayecto entre la caseta de tiro y el bordillo que daba acceso a la plaza. Tan solo había circulado unos 50 metros, pero logró alcanzar gran velocidad antes de impactar con la gente.

El propietario del camión del siniestro era Miguel “de los zapatos de Vera”, que tenía un taller de calzado y que solía venir todos los martes a traer género al por mayor a los comerciantes albojenses en un camión con matrícula de Málaga del año 1935. Miguel no tenía carnet de conducir ni por supuesto tenía manejo del camión por lo que lo conducía un operario suyo, también de Vera, llamado Francisco Silvente Gallardo

El chofer pertenecía a una familia veratense con gran abolengo en la fabricación y venta de calzado. Los Silventes recorrían los mercados de Sorbas, Garrucha, Turre, trayendo zapatos de las fábricas de Elche para su distribución en el levante almeriense.



Mateo Silvente Gallardo, hermano del chófer, Francisco, de la saga de los zapateros Silventes de Vera. Gentileza de Manuel León de su artículo el decano de los zapateros de Almería en la Voz de Almería.

El patriarca, Mateo, falleció pronto, por lo que la madre y los hijos (Francisco y Mateo Silvente) continuaron con el negocio, primeramente, cosiendo suelas de cáñamo y luego saliendo a otras poblaciones a venderlas en un Chevrolet del 39. El otro hermano, Alfonso, continuó estudiando y se hizo funcionario de aduanas. Mateo Silvente Gallardo había nacido en 1930, y falleció esta semana pasada a los 95 años; como decía Manuel León en la Voz de Almería, se había ido uno de “los decanos de los zapatos en Almería”.

Francisco Silvente era contratado por Miguel “el zapatero” para dar portes a Albox los martes con el camión de Miguel y hacer el reparto en las tiendas. Esa mañana del 16 de noviembre de 1954, Francisco Silvente había aparcado como todos los martes delante de la ferretería de Adolfo Juan y desde allí se acercaba a los bulliciosos negocios del centro de Albox, que en ese día recibían a miles de clientes de toda la comarca y Filabres. El camión, en un momento dado, estorbaba al tener que pasar otro vehículo y, como no daban los alguaciles con Francisco Silvente para que lo moviera, se ofreció a quitarlo Miguel de los zapatos, el dueño, y ante su inexperiencia o desconocimiento del vehículo pisaría mal el embrague o alguna cosa similar por lo que el camión se proyectó contra la masa de gente que estaba escuchando al charlatán. Siempre se desconoció la causa exacta del atropello y circularon teorías dispares como que unos niños habían manipulado los frenos, qué si el camión salió circulando sin conductor alguno, etc..., pero 70 años después, puedo decir que al volante estaba Miguel y que desgraciadamente no pudo controlarlo.

Nicolás “el Cholas” era viajante o agente comercial de Miguel de los zapatos y era el que visitaba las tiendas alboxenses entre semana para poder hacer el pedido para que el martes siguiente estuviera en la puerta del comercio.

Todos los martes, después de realizar cada uno su faena laboral, se reunían a almorzar en casa de Nicolas “el Cholas Viejo”, que vivía precisamente en la misma Calle Águila que Luisillo Gómez y, como la mujer del Cholas era “pescaera” le llevaban los avíos a la madre de Luisillo para que les hiciera de comer para ellos y para toda la prole de hijos de Nicolás, quienes estaban todos a esas horas en casa porque era mercado y no había escuela. En más de una ocasión llevó el almuerzo Luisillo a la casa de sus vecinos, otras veces Miguel le mandaba a hacer recados al chiquillo y Luis los hacía cambio de alguna moneda, por lo que Miguel lo conocía perfectamente y cuando se enteró que uno de los atropellados era el chiquillo, le dio mucho disgusto.

Lo de Luis fue muy grave y no le daban esperanza alguna de vida en esos primeros momentos. Luis perdió el conocimiento en un primer momento, la madre apartó del lugar del suceso al niño y, al ver la gravedad, decidió llevarlo a costas a la clínica del doctor Utrilla que estaba en la Plaza de los Luceros, justo a espaldas de la iglesia, pero a mitad de camino se quedó sin fuerza y unos vecinos terminaron de acercarlo al médico oriundo de Daimiel en Ciudad Real.

Fueron de los últimos en llegar a la clínica, que estaba ya abarrotada de acompañantes y heridos, los cuales habían sido trasladados en sábanas y mantas desde la plaza, por lo que no había espacio libre alguno en una consulta con un escenario apocalíptico de gritos y caras desencajadas por lo que estaban viviendo.

Cuando el médico Utrilla vio que traían a un chiquillo y vio que era Luis, giró la cabeza de lado a lado como queriendo admitir esa trágica realidad, le dolió mucho ver al crío moribundo. Luis no era un desconocido para él, claro que lo conocía, era de la misma edad de su hijo Pepe y jugaban todas las semanas en el amplio patio de la casa de Utrilla. El padre de Luis, una vez en semana, llevaba dos cargas de agua en el carro a Utrilla, y entre viaje y viaje, Luis se quedaba jugando en casa de Utrilla.

Tenía Luis los pulmones lesionados tras el golpe con el camión en el que fue proyectado unos metros. Utrilla lo envió a casa a con pronóstico grave; en los primeros momentos nadie le daba esperanzas de vida a Luis con nueve años que tenía.

Luis tuvo suerte, puesto que en 1954 se podía encontrar antibióticos como la penicilina y la lincomicina, que era otro antibiótico, pero más potente, pero que en las farmacias de Albox no había, por lo que se lo traía de Huércal-Overa el propio Miguel de los Zapatos, quien se encargó pese a su elevado precio a costeárselo y enviarla desde allí hasta la casa de Luis. Cada cuatro horas tenía que ponerse las inyecciones.

Miguel vino varias veces a ver a Luis a su casa y en una de ellas le tomó medidas a Luis y le hizo unos zapatos. Miguel siempre se portó bien con el muchacho, dentro de sus posibilidades, asumiendo su responsabilidad.

Desde Almería lo visitaron varias veces en su casa unos especialistas, junto al facultativo de Albox, para reconocerlo y hacerle un seguimiento. Se recuperó Luis después de cuatro meses de estar en cama, y en posteriores radiografías ya nunca se apreció daño óseo alguno, al ser un niño al que le habían soldado los huesos perfectamente.

En la plaza se encontraba el juzgado comarcal, justo encima de la antigua farmacia de Carmen Sánchez Vallés (Bar Alcaína) y aquí se celebró una vista donde fueron todos los heridos y ninguno quiso poner denuncia al dueño del camión. No era costumbre solicitar indemnización ni responsabilidades en aquella época.

Utrilla, el médico de Albox

El médico José Utrilla había nacido en Daimiel, en la provincia de Ciudad Real, en 1908. Fue el mayor de nueve hermanos y a los 15 años se marchó a estudiar medicina a Barcelona a casa de unos tíos suyos, finalizando la carrera en Madrid. Cumplió dos años de servicio militar en Mellilla como oficial médico donde quedó impresionado por el paisaje abrupto y seco de esa tierra africana.



Hizo gran amistad con su asistente que era un soldado natural de Almazora y al comentarle Utrilla un día que le encantaba esa tierra, el soldado le dijo que, si eso le parecía hermoso, seguro que le gustaría mucho más su pueblo. De esta forma, solicitó Utrilla plaza de médico en Almazora en 1932, siendo su primer destino marchándose a ciegas a esa población donde pasó varios años. Mi tío Rogelio lo recordaba hospedado en la “posá” de Enrique y de caza, pegando tiros por el cerro.

En 1935, tras el fallecimiento del médico titular de Albox, Pantaleón Granados, se traslada allí y se casa ese mismo año con Isabelita Granados, sobrina del anterior, e hija de Diego Granados, comerciante y fundador del Banco Popular. Vivían en la calle García Ramos, en la bonita vivienda junto al Laberinto. Puso la consulta en la Plaza de los

Luceros donde atendía medicina general, partos y tenía rayos x. Fue una persona muy extrovertida y un gran profesional de la medicina, la mitad de las veces no les cobraba a los vecinos que le pagaban más adelante en grano, embutidos, jamones; tenía la cámara llena de víveres, pero eso solo, dinero poco. En 1942 había sido alcalde de Albox. En 1960 marchó del pueblo que tanto adoró, aunque sus hijos siguen regresando a la casa familiar.

Recuerda Diego Utrilla (hijo del médico), que tenía 10 años y que, ese día de 1954, cuando ocurrió lo del camión, era un día soleado y estaba estudiando con su amigo José María en una sala de donde estaba el juzgado municipal de Albox en aquellos días, emplazado en la plaza encima de la farmacia de Carmen Sánchez Vallés. El padre del amigo era el juez municipal José López Alascio. De repente vieron pasar desde la ventana mucha gente corriendo hacia la zona del convento y un rato después también observaron que pasaba gente con sábanas transportando a gente en dirección a la Plaza los Luceros donde, al ser martes, estaba pasando consulta el médico D. José Utrilla, el niño de entonces recuerda que no vio a su padre en todo el día puesto que estuvo atendiendo al gran número de heridos.

Jerónimo García Rodríguez

Tenía 65 años y era de Los Higuerales, que es una pedanía perteneciente al municipio de Arboleas situada en el camino viejo hacia Huércal-Overa situándose a unos ocho kilómetros de distancia de Albox. Como era habitual, Jerónimo García madrugó esa mañana para hacer el mercado y comprar avíos que hacían falta siempre en la casa a la misma vez que llenó las aguaderas de “granás” para venderlas en Albox.

En una burrilla salió junto a su hija Luisa, cuando aún no había salido el sol, para hacer un trayecto que duraba algo más de dos horas. En la cabalgadura iba subida su hija mientras él iba a pie llevando al jumento cogido con el ramal. Al poco de salir del cortijo pasaron por delante de la mina romana de “los espejuelos” en lo que era el recorrido habitual de todos los martes, y continuaron avanzando hasta la pedanía de Limaria que estaba a algo más de dos kilómetros. Desde allí alcanzaron la Rambla del Agua Salada para pasar a continuación por los pies de la torre árabe de la Aljambra que hace de vigía de la población de Albox y que la conecta a través del camino de la Aljambra.

Al llegar al mercado de Albox, se separaron cada uno, por un lado; mientras Jerónimo García buscaba comprador para las “granás” en la Plaza, su hija hacía el mercado comprando las cosas que hacían falta en el cortijo, hasta que tras un griterío generalizado cerca de donde estaba ella, le hacía adivinar que algo terrible había sucedido. Lo que no sabía es que el viaje de regreso lo haría sin su padre.

Jerónimo García tenía 65 años el día del accidente, era una persona anciana para esa época, la familia actual cree que el abuelo estaba viendo a algún charlatán, y el caso es que el camión le pilló de lleno. Las heridas fueron: fractura abierta en el tercio inferior de la pierna izquierda, herida encima de la ceja derecha, contusiones y erosiones en distintas partes del cuerpo, conmoción cerebral y shock traumático; en estado muy grave.



Jerónimo García Rodríguez (gentileza de su nieto Francisco)

Fue llevado junto a los demás heridos a la clínica del doctor Utrilla y ante la gravedad de su estado se dispuso la inmediata salida en un automóvil para el Hospital de la Cruz Roja de Almería llegando a la capital a las seis de la tarde, recibiendo la asistencia médica debida, pero fallecía una hora más tarde. Las autoridades se pusieron en contacto con la familia de Jerónimo García y le trasladaron la fatal noticia. En aquellos días había que pagar una cifra muy elevada por el traslado del cuerpo a Arboleas, cosa que estaba fuera del alcance de la mayoría de las familias, por lo que se enterró a Jerónimo en el cementerio municipal de Almería.

Jerónimo García estaba casado con María Catalina y tenían cuatro hijos: Francisco, que era ebanista y estaba delicado del corazón, Pepe, Luisa y Fabiana. A Luisa este suceso le cambió la vida por completo, el hecho de volver sola sin su padre ese día de mercado en Albox, la trastornó durante toda su vida; siempre se le veía en el rostro una tristeza perenne que marcó sus días. En el caso del enfermizo Francisco tampoco fue mucho mejor, puesto que la muerte de su padre tan solo hizo agravar su enfermedad coronaria que años después se lo llevó por delante.

Andrés Oller Oller

Andrés era de la familia de los “Cabralocas” de la zona de Limaria en Arboleas y que era un apodo que lleva varios siglos en esta familia de “los Olleres”, a los que, a día de hoy, se les sigue llamando así. Vendían en invierno los pastos y bajaba gente de los Cerricos con los ganados a pastar a este territorio más templado, también engordaban chinos con higos de las numerosas higueras que hay en ese territorio.

Vivía en un cortijo de Limaria junto a su mujer, Carmen Sáez García. Durante la época de guerra estuvo escondido para no ir al frente y, un día de mercado en Albox, preguntó a una cuñada de Andrés por el paradero de este, ante lo que Juana (madre de Ángel Oller) manifestó que estaba en la guerra y que hacía más de un año que no lo veía. Ante la sospecha de que fueran en busca de Andrés Oller, fue a avisar al cortijo de que iban los civiles para Limaria a por él. Salió de su escondite, dentro del mismo cortijo, por un callejoncillo que había en un lateral del mismo en dirección a unas paletas contiguas, pero en ese mismo momento llegaba la guardia civil por una esquina del cortijo y le dieron el alto.

Le preguntaron que por qué estaba escondido y no se había presentado a filas con su quinta, ante lo que respondió Andrés diciendo que tenía seis hijos y que les tenía que dar de comer, qué si él se marchaba al frente y descuidaba las faenas del cortijo, sus hijos pasarían hambre y él no lo iba a permitir. Cómo lo verían de convencido y decidido a no abandonar a la numerosa familia, aunque la guerra estaba ya terminando, que lo dejaron en paz, por lo que mandó a uno de sus zagales donde estaba el “ganao” a que trajera un borrego y lo mataron en el cortijo, donde se hincharon a comer los guardias civiles quienes pasaban bastantes penurias. Le dieron una pistola con balas a Andrés y le dijeron que si alguien se metía con él nada más tenía que quitarlo de en medio.



Andrés Oller, su esposa Carmen Sáez y sus hijos (gentileza de su nieto Diego Oller)

Poco después de la guerra, compró Andrés Oller un cortijo en Arboleas, sin tierra, en “el callejón”, junto al Apeadero del tren. Como habían dejado las fincas en Limaria, y tenían una burra, una yegua y una mula e iban a ese cortijo y se tiraban semanas enteras haciendo las faenas que tocaban en cada época del año. En el cortijo de Arboleas pasaba el tren por delante, pasaban los camiones los cuales se llevaban alguna carga de grano a los “mercaos” y, sobre todo, tenían una acequia con agua delante del cortijo cuando en Limaria no tenían ni gota.



Andrés Oller y su esposa Carmen Sáez (Gentileza de su nieto Diego Oller)

Los hijos iban todos los días al cortijo de Limaria a hacer faenas y allí se comían casi todos los días un arroz con bacalao hecho en la lumbre, que era un verdadero manjar.

Hasta que, en 1954, a pesar de que Andrés Oller era reacio a los charlatanes que venían por las ferias y mercaos, ese día de noviembre vino a detenerse frente a Ramonet el charlatán, que estaba liado con su número de las mantas.

El camión que había estacionado en la plaza era de los que se arrancaban con manivela y como hay desnivel se dejó ir hasta que tropezó en un montón de sacos de patatas.

Baltasar Oller, de 33 años, estaba en la rambla donde estaba toda la gente con las burras, En pleno mercado y fue al escuchar decir que un camión había pasado por ahí y había arrollado a tres o cuatro personas y había hecho un desastre entonces, cuando la mujer de Andrés, Carmen, le dijo a su hijo mayor que se asomara por allí ya que estaba Andrés en esa zona del mercado y le respondió su Baltasar: “sí, con toda la gente que hay en el mercado y le va a tocar a mi padre”. Pese a eso Baltasar no estaba tranquilo y fue en busca de su padre y justo llegando desde la rambla a la parte baja de la calle del muro, lo que actualmente es el Mirador, vio como venía apresuradamente un tío suyo llamado Julián Oller, que vivía en el barrio de la Cueva de Arboleas al que Baltasar preguntó: “tío,

¿qué es lo que pasa?” Y la respuesta de este fue: “yo no sé nada, tira para arriba que yo no sé”.



Baltasar Oller Sáez, hijo del fallecido en el accidente, Andrés Oller

(Gentileza de su nieto Diego Oller)

Cuando Baltasar llegó al sitio le dijeron que a su padre se lo habían llevado con unas mantas o sábanas entre cuatro o cinco a la consulta del médico José Utrilla en la Plaza de los luceros y cuando entró allí, él vio a su padre quien le dijo: “Baltasar, estoy muy malo”. Eso fue lo último que pudo decir puesto que en ese mismo momento giró la cabeza para fallecer en ese mismo instante; estaba reventado interiormente, porque le habían pasado las ruedas del camión por encima.

Lo enterraron en el cementerio de Albox porque Andrés siempre decía que cuando se muriese que no lo enterraran en el cementerio de Arboleas, porque estaba lleno de conejos aquella zona del camposanto.

Como ese día del accidente estaba en el “mercado” de Albox uno de los charlatanes más famosos del país, aprovecho para recordarlo y que no se pierda en el tiempo su memorable espectáculo verbal.

RAMONET EL CHARLATÁN DE LAS MANTAS

Según el diccionario de la RAE, “charlatán” es el que habla mucho y sin sustancia, hablador, parlanchín, cotorra, sacamuelas, embaucador, embustero o también la persona que se dedica a la venta ambulante y anuncia a voces su mercancía.

Ramonet, fue un vendedor ambulante natural de Orihuela, que con un camión cargado de mantas y otros productos textiles recorría media España pueblo por pueblo todos los años, desde mitad del pasado siglo hasta los años 80.

Ramón Gambín Martínez había nacido en Orihuela en torno a 1920 y falleció en esa misma población en 2007 a los 88 años. En pañales emigró en barco con sus padres a Valencia donde recibe el apelativo de Ramonet, que es el diminutivo de Ramón en valenciano. Allí se gana la vida vendiendo artículos a los marineros de los barcos que recalaban en el Grao valenciano, con una bandeja donde portaba y exponía sus artículos: maquinillas de afeitar, navajas, jabón, relojes, mecha de mecheros, peines, carteras, petacas para el tabaco y algún que otro elemento para evitar contagios sexuales, etcétera.



Ramonet

Un buen día, vio a un vendedor de su competencia subido a un cajón vociferando y explicando los artículos que pretendía vender y lo hacía con bastante éxito. Ramonet no tardó en asimilar la técnica, la puso en marcha y la mejoró, de tal forma que reinventó el oficio de lo que él llamó, «subastador». En aquel momento el denominativo «charlatán» nunca estuvo en su diccionario, para definir su oficio y trabajo.

Aunque por subastar entendamos que es una forma de optar por un producto o artículo ofreciendo entre varios ofertantes, una determinada cantidad, al alza o a la baja, lo que consideramos como puja, lo cierto que, mejor o peor definido, ésta era la palabra que para Ramonet mejor definía su trabajo. Tenía su explicación, ya que, en la exposición del artículo, cuando el vendedor pone el precio, reiteradamente lo va bajando, hasta hacerlo irresistible. Las pujas sucesivas las realiza el propio vendedor, en este caso el subastador.

Fue en los años 50, 60 y 70, cuando el producto estrella, el más vendido por él, eran las mantas. En un impresionante esfuerzo de innovación en la logística y economía de escala se llega a prácticamente todos los rincones de España. Inventaron lo que ahora denominamos el “Low Cost”. El precio y la calidad de las mantas que Ramonet vendía eran insuperables.

Los medios de comunicación empiezan a interesarse por la figura de Ramonet: José María Íñigo en TVE, Chicho Ibáñez en «Un, dos tres»; RNE, «De Costa a Costa» con Luis del Olmo; periódicos, revistas, radio y televisión. Posiblemente porque resultaba más mediático, al Subastador le sustituyó el Charlatán, que todo el mundo admitió y vino para quedarse.

Valga esta resumida historia para homenajear a quien fue el más grande charlatán, por su innovación, por su valentía en utilizar nuevos métodos, por su constancia y sobre todo por el trabajo duro que significaba diariamente madrugar, hacer innumerables kilómetros, llegar a sitios desconocidos, por los días que fueron fracasos, por las penurias de dónde alojarse, por el frío y por el calor de la calle, por la incomprensión, por la simpatía que transmitieron y por los ratos que hicieron felices a mucha gente con su discurso. Ramonet se convirtió en un icono.

La Plaza del Mercado fue siempre lugar de reunión y encuentro de los vecinos y forasteros que entretenían su tiempo contemplando la actuación de los “charlatanes”, que ofrecían los más variados géneros y subastaban los artículos ofrecidos, como si de una auténtica lonja de contratación se tratara. El charlatán Ramonet dedicó su vida a recorrer media España con una camioneta, de pueblo en pueblo, para vender toda una serie de artículos de uso cotidiano, utilizando para ello la verborrea propia del mejor predicador, con ese don de palabra que solo es patrimonio de unos pocos elegidos.

Ramonet venía a nuestra tierra en muchas ocasiones, siendo los meses de octubre-noviembre una cita obligada, ya que el invierno se acercaba de forma acelerada y era un tiempo propicio para vender unos cuantos lotes de mantas a los del Almanzora y llevarse de paso algunos de aquellos billetes verdes, es decir, de mil pesetas de la época, que daban mucho de sí.



Ramonet

Al principio, y hablamos de mediados de los años 50, traía un viejo camión con la caja de madera. Las primeras veces llevaba una campanilla para llamar la atención del público y congregar a todo el personal alrededor del camión, después traería un equipo de megafonía con un altavoz que cuando se acoplaba producía un silbido de tal grado insoportable, que había que taparse los oídos a toda prisa. Pero todo aquello no era óbice para que el genial Ramonet empezara a realizar su trabajo.

En Arboleas lo veían llegar con su camioneta e instalar su improvisado negocio ambulante en la Placeta, al final de la Calle Barranco donde con soltura y mucha gracia iba subastando sus productos habituales, como eran las colchas, tejidos y otros textiles. Durante algunos años tenía de ayudante a una muchacha.

Almanzora también estaba en la ruta de Ramonet que, con su camioncillo, aunque después vendría con una furgoneta, llegaba a la plaza y en la esquina de la posada de Enrique montaba su industria, abriendo el lateral del camión y tras poner una especie de mostrador iba mostrando los lotes mientras a voces soltaba lo de: “si me compras el lote, encima te regalo” ... Sus artículos eran mantas, cobertores grandes y pequeños, toallas... Todo el mundo le compraba en Almanzora; qué decir de las mantas de Palencia en los años 50 y 60, se veían pocas allí en esa época, cuando la mayoría de la gente apenas tenía para cubrirse una jarapa o alguna manta del ajuar. Las mantas de Palencia debieran ser buenas porque la gente sabía que Palencia estaba por allí arriba en el mapa de la escuela y eso quería decir que allí debía hacer frío, por lo tanto, las mantas de ese sitio debían ser las mejores.

Elisa de Almanzora, que era estraperlista y que, además, tenía la tienda de la plaza, así lo pensaba cuando tenía que llevar a su hijo Lázaro López, que siempre estaba malo de

los oídos, al especialista en Alicante a finales de los 50; Elisa era como Ramonet, pero más fina. Era un “gastazo” lo de los viajes periódicos en tren hasta Alicante, tener que ausentarse de la tienda y todo lo que conllevaba eso. Por lo que Elisa después de pasar consulta con el médico y mientras se hacía la hora de volver en el tren hasta Almanzora pensó en hacer un estudio de los almacenes de mantas que había en Alicante, hasta que dio con el que tenía mantas de Palencia; de allí se las llevaba el mismo Ramonet. Elisa, desde entonces, aprovechaba los viajes a esa tierra para venir cargada con las famosas mantas de Palencia que todo el mundo añoraba.

En Albox y otras poblaciones vecinas, el espectáculo del charlatán Ramonet comenzaba con que, ayudado por su colaborador, abría la puerta trasera del camión y ésta, sujetándola con una cadena a cada lado, quedaba a modo de plataforma o escenario para que Ramonet empezara la subasta de sus lotes de mantas. Previamente ponía una maleta de madera que le servía como plataforma para ir apoyando encima las mantas seleccionadas.

Así que, una vez preparado, sacaba la primera manta y abriéndola al público empezaba a demostrar sus dotes de charlatán: «Señoras y señores, miren esta manta de Palencia, acérquense, tóquenla; por esta cara va estampada de flores, por la otra, de cuadros. Puede usted ponerla en la cama por la cara que más le guste”. Si la manta tenía la efigie de un león soltaba que te iba a proteger durante el sueño, las blancas sábanas con flores, que le harían sentir que duermes entre nubes y la colcha, que por el día daría color a una sombría habitación.



Ramonet

“Por esta manta le voy a cobrar 1.500 pesetas. Pero le voy a regalar esta otra —sacaba una nueva manta de la caja—, señoras y señores, esta manta lisa de pura lana que ustedes están viendo es la más apropiada para los recién casados, esta manta es capaz de hacer milagros, sí, como les estoy diciendo: con esta manta se acuestan dos y amanecen tres. Por 1.500 pesetas les ofrezco la primera manta, esta otra, que son dos y por el mismo precio le doy una más». Y, dirigiéndose a su ayudante que se encontraba junto a él en el interior del camión, le decía: «Pásame una manta mulera». Con las mismas, Ramonet desplegaba aquella manta de cuadros mostrándola a la concurrencia e incitando a la misma a que la vieran y tocaran. «Esta manta —decía— no debe faltar en ninguna casa, es la de Curro Jiménez y si usted sale al campo o a la sierra deberá llevarla siempre encima porque nunca se sabe lo que a uno se le puede presentar».

Así iba sacando distintos modelos, poniéndolas dobladas unas encima de otras, hasta completar el lote de unas ocho a diez mantas que contenía la subasta. Eso sí, resaltando las cualidades de todas ellas con su desparpajo y acento refinado, sus gestos, su voz y su facilidad de palabra que hacía que las personas que se agrupaban alrededor del camión no dieran crédito a lo que allí se les estaba ofreciendo.

Una vez que Ramonet había completado el lote, se disponía a escenificar el tramo final de la subasta. Para ello, comenzaba diciendo: «En el mismo lote lleva usted esta manta —dirigiéndose de abajo hacia arriba—, esta otra que son dos, otra que yo le regalo que son tres, la manta mulera que son cuatro...” Y así iba enumerando una tras otra hasta llegar a la última, tras lo cual, terminaba proclamando: «Señoras y caballeros, hoy vengo a tirar la casa por la ventana, por este lote no les voy a cobrar mil quinientas pesetas, ni mil cuatrocientas, ni mil trescientas, ni mil doscientas, ni mil cien, aquella señora o caballero que diga para mí, solo le cobro mil pesetas y además le regalo un neceser con cien piezas, ¿quién lo quiere?».

Como era de esperar, aquel lote era adquirido inmediatamente y detrás de aquel venían otros más, con lo cual el famoso charlatán cubría ampliamente sus objetivos en el pueblo.

Puesto que Ramonet siempre era cumplidor de sus compromisos, cual mago que saca un conejo de la chistera, extraía un pequeño estuche de plástico del bolsillo de su chaqueta y, dirigiéndose a la persona que se había quedado con el lote de la subasta, le decía: «Aquí tiene usted el neceser con cien piezas que le prometí». Este neceser consistía, nada más ni nada menos, en un peine que tenía 50 púas alineadas en un lado y otras 50 en el otro.

Otras veces Ramonet se dirigía a los atentos espectadores y les decía: «Pues bien, todo este lote se lo ofrezco al que me compre por el precio de este bolígrafo que tengo en la mano». Nadie se lo creía, hasta que una persona demasiado crédula levantaba la mano rápidamente y se quedaba con ese lote consistente en unas mantas del tamaño de un paño de cocina. Así era la historia y por ello se le recuerda

“La máquina alemana de cortar el pelo” -pregonaba Ramonet-, “por primera vez en España. Una máquina con la que se ahorrará mucho dinero en peluquero. Una máquina

de sencillo manejo a un precio increíble. No le voy a cobrar mil pesetas. Ni quinientas. No le voy a cobrar ni cien pesetas. Hoy, por primera vez en España, la máquina alemana de cortar el pelo por cincuenta pesetas. ¿Quién quiere llevarse esta maravilla que ahora viene acompañada con el regalo de una manta?".

La señora alzaba el brazo, alborozada, y el charlatán sacaba del interior de la chaqueta la máquina, que era una pequeña tijera y le entregaba "la manta" de regalo, que era un pequeño paño de cocina de algodón.

No cabe la menor duda de que la estrategia de venta que empleaba Ramonet le daba excelentes resultados, y no tenía nada que envidiar a los métodos de marketing y publicidad empleados actualmente en el mundo del comercio.

Ramonet fue el impulsor del Concurso Nacional de Charlatanes que desde hace más treinta años se celebra en su ciudad natal.